

LIBRO I

CAPITULO I

Todo arte, toda investigación, y, de la misma manera, toda acción y opción, es de presumir tienden a un bien; por este motivo, se ha afirmado con tino que el bien es aquello a que tienden todas las cosas. Pero entre los fines se observa cierta diferencia; algunos son acciones, otros productos independientes de las acciones que los producen. Cuando hay fines independientes de las acciones, la naturaleza de los productos es ser mejor que las acciones. Ahora bien, como hay muchas acciones, artes y ciencias, sus fines son también muchos; el fin del arte de la medicina es la salud, el de la construcción naval un navío, el de la estrategia la victoria, el de la economía la riqueza. Pero cuando tales artes figuran dentro de una única facultad (como la de hacer frenos para los caballos, y demás artes relacionadas con su harnés, figuran en el arte de la equitación, y éste y toda acción militar figura en la estrategia, otras artes figuran de la misma manera dentro del círculo de otras) en todas ellas los fines de las artes superiores son preferibles a todos los fines que le estén subordinados, puesto que a causa de las primeras se emprenden las últimas. No establece diferencia alguna que las acciones mismas sean fines, o lo sea otra cosa independiente de ellas, como ocurre en las ciencias que acabamos de mencionar.

CAPITULO II

Si, por lo tanto, hay algún fin en lo que hacemos, fin que apetecemos en sí (apeteciendo todo lo demás a causa de él), y si tendemos en todo sólo con miras a él en sí nada más (pues de no ser así el proceso llegaría hasta el infinito, de manera que nuestro apetito sería vacuo y vano), queda aclarado que esto debe ser el bien y el bien principal. Por lo tanto, ¿no ejercerá gran influencia sobre la vida el conocimiento de dicho fin? ¿No nos ocurrirá lo mismo que a los arqueros, que tienen como punto de mira el blanco, que lo más probable sea alcanzar el fin a que tendemos? De ser así, debemos procurar, al menos esquemáticamente, la determinación de lo que es, y a qué ciencia o facultad pertenece dicho fin. Parecería pertenecer al arte de mayor autoridad y precisamente al arte que verdaderamente es superior, pareciéndonos que la política es de esta naturaleza, porque es la que ordena cuál de las ciencias debe estudiarse en un estado, y cuál debe estudiar cada una de las clases de ciudadanos y hasta qué punto deben aprenderlas; y observamos que hasta las facultades tenidas en mayor estima se hallan dentro de su esfera, v. g., la estrategia, la economía, la retórica; por eso, puesto que la política hace uso de las demás ciencias, y desde el momento en que legisla en cuanto a lo que debemos hacer y de qué debemos abstenernos, el fin de esta ciencia debe encerrar los de las demás; de manera que este fin debe ser el bien para el hombre. Porque hasta en el caso en que el fin fuere el mismo para un solo hombre y para un estado, el del estado parece en todo caso algo superior y más perfecto, ya se trate de conseguir o evitar; aunque fuere digno de conseguir para un hombre mera-

mente, sería más bello y divino conseguirlo para una nación o conjunto de ciudades.

Estos son, pues, los fines a que se dirige nuestra investigación, puesto que se trata de ciencia política, en uno de los sentidos de este vocablo.

CAPITULO III

Nuestra investigación será proporcionada al objeto que nos proponemos si brilla en ella la claridad que permita el asunto de que tratamos; porque no hay que pretender la misma precisión en toda clase de discusiones, de la misma manera que no se pretende en todas las producciones de las artes. Pero las cosas buenas y justas objeto de investigación de la ciencia política, admiten gran variedad y fluctuación en cuanto a la opinión, de manera que pudiese creerse existen únicamente debido a convenio, mas no por naturaleza. También los bienes dan origen a parecida fluctuación por procurar daño a muchas personas; porque ya se dió el caso de que los hombres fueren perjudicados a causa de su riqueza y otros de su valor. Debemos contentarnos, pues, en discurrir sobre tales materias y de acuerdo con tales premisas para indicar la verdad a grandes rasgos y esbozarla, tratando de cosas que son sólo ciertas para la mayor parte y valiéndonos de premisas del mismo género para llegar a conclusiones que no son mejores que ellas. Por lo tanto, todas nuestras afirmaciones deben aceptarse con el mismo espíritu; porque lo que revela al hombre instruído es el ir en busca de la certidumbre en toda clase de cosas, hasta el punto que la naturaleza del asunto lo permita; evidentemente, tan necio es aceptar el razonamiento probable que nos procura el matemático como pedir pruebas científicas al retórico.

Ahora bien, los hombres juzgan bien las cosas que saben o conocen, siendo buenos jueces cuando de ellas se trata. De este modo el que ha sido ilustrado en una materia será buen juez para tal asunto, y el que haya recibido instrucción general, será buen juez en todas las materias en general. Por eso el joven no es el oyente mejor capacitado para asistir a conferencias sobre la ciencia de la política; porque carece de experiencia en cuanto a los hechos de la vida, y su discusión arranca de ellos y a ellos se refiere también; y, además, puesto que tiende a seguir sus apetitos, su estudio será vano e inútil, porque el fin a que tiende esta ciencia no es el conocimiento sino el hecho, no habiendo diferencia en que sea joven en cuanto a los años o joven a causa de sus hábitos, pues el defecto no depende del tiempo, sino de la vida, y la tendencia hacia cada fin sucesivo, de acuerdo con la dirección indicada por su apetito. Porque para tales personas, como para el incontinente, el conocimiento no aporta beneficio alguno; pues para aquellos que desean y obran de conformidad con un principio racional, el conocimiento sobre tales materias producirá grandes beneficios.

Estas observaciones sobre el investigador, la manera de tratar el asunto y el propósito de la investigación, pueden considerarse como prefacio.

CAPITULO IV

Continuemos nuestra indagación estableciendo, en vista del hecho que todo conocimiento y objeto tiende hacia algún bien, a qué se debe afirmemos que la ciencia política tiende al más excelente de todos los bienes asequibles mediante la acción. Verbalmente, todos estamos de acuerdo, porque tanto el vulgo como las

personas más refinadas declaran que es la felicidad, identificando la buena manera de vivir y la manera de obrar bien con la felicidad; pero respecto de lo que es la felicidad, éste es precisamente el punto en que difieren, porque el vulgo no aporta las mismas explicaciones que los sabios. El vulgo cree se trata de algo corriente y natural, como el placer, la riqueza, el honor; sin embargo, difieren unas personas de otras, y con frecuencia un mismo individuo la identifica con cosas diferentes: con la salud cuando está enfermo, con la riqueza cuando es pobre; mas conscientes de su ignorancia, admiran a los que proclaman algún ideal superior situado por encima de su propia comprensión. Hay quien cree que independientemente de esos muchos bienes hay otro que no depende sino de sí mismo, que es el que causa la bondad en todos ellos. Quizás sea inútil examinar todas las opiniones sustentadas y nos baste considerar las más importantes o las que más discutibles son al parecer.

No hay que dejar de observar, sin embargo, hay diferencias entre los razonamientos que se deducen de los primeros principios y aquellos que a ellos se dirigen. Razón tuvo Platón al suscitar esta cuestión cuando preguntaba, según costumbre suya: ¿partimos de los primeros principios o nos dirigimos a ellos? En eso hay diferencia, como la hay en la carrera en el hipódromo entre los jueces en cuanto a la meta y la partida. Porque aunque debemos comenzar por lo conocido, las cosas son objetos del conocimiento en dos sentidos: unas con relación a nosotros, otras sin restricción. Por lo tanto, es de suponer debemos comenzar por las cosas que nos son conocidas. De aquí que todo aquel que asista con la suficiente preparación a conferencias sobre lo noble y justo, y, en general, sobre los asuntos de la ciencia política, debe haber sido

instruído en las buenas costumbres. Porque el hecho es el punto de partida, y si éste fuere suficientemente claro para él, no requerirá se le procure la razón; el que ha sido bien instruído dispone de puntos de partida, o puede conseguirlos fácilmente. En cuanto al que ni los posee ni puede conseguirlos, debe releer estas palabras de Hesiodo:

«Bueno es el hombre que escucha cuando bien le
[aconsejan;

Mucho mejor el que conoce las cosas de por sí;

Mas el que no conoce ni presta oídos

A la sabiduría del prójimo, es sér inútil.»

CAPITULO V

Vamos a continuar nuestra tarea desde el punto de vista de que nos desviamos. A juzgar por la vida que llevan los hombres, la mayor parte de ellos, y los pertenecientes al vulgo, parece (y no sin razón) identifican el bien, o la felicidad, con el placer; a esto se debe que amen la vida gozosa. Porque podemos decir hay tres tipos principales de vida: la que acabamos de indicar, la política y la contemplativa. Ahora bien, la inmensa mayoría de los hombres se muestra esclavizada por completo a sus placeres; prefiriendo evidentemente una vida más propia de bestias; mas en algo basan su opinión al afirmar que muchos de los que ocupan elevados sitios comparten los gustos de Sardanápalo. Si consideramos los principales tipos de vida, observaremos que las personas de refinamiento superior y activa disposición identifican la felicidad con el honor; porque éste es, hablando en general, el fin a que tiende la vida política. Pero nos parece que esto es demasiado superficial para que sea lo que estamos buscando, puesto que se cree depende de aquellos que

dispensan honores antes que de aquellos que los reciben, mientras que el bien que vislumbramos es el que estriba en algo adecuado al hombre y que no se le quita fácilmente. Además, parece que el hombre va tras el honor con objeto de que se le tenga por honorable, al menos procura verse honrado por los hombres de prudencia, y entre los que les conocen, y basándose en su virtud; por lo tanto, queda aclarado que, según ellos, y a toda costa, lo mejor que hay es la virtud. Y tal vez pudiéramos llegar a suponer que éste es el fin de la vida política antes que el honor. Pero aun esto parece algo imperfecto, porque la posesión de la virtud parece realmente compatible con el sueño, o con la inactividad durante toda la vida, y, además, con los mayores sufrimientos y desventuras; pero nadie llamaría feliz al hombre que viviere de este modo, a no ser que sustentase su tesis a toda costa. Ya hemos dicho bastante sobre este punto, porque el asunto ha sido suficientemente tratado en las discusiones vulgares. En tercer lugar viene la vida contemplativa, que consideraremos más adelante.

La vida del lucro es aquella que se adopta debido a apetito, la riqueza no es evidentemente el bien en cuya busca vamos, porque si es útil lo es meramente con relación a otra cosa. Por eso pudiéramos considerar los objetos mencionados como fines; porque, si se estiman, se estiman por sí mismos. Mas es evidente que ni aun ellos son fines, aunque se haya aducido muchos argumentos en su favor. Dejemos ya esta materia.

CAPITULO VI

Tal vez sea mejor considerar el bien universal discutiendo por completo lo que con ello se quiere de-

cir, aunque tal investigación se ha convertido en una especie de cuesta arriba debido al hecho que las Ideas fueron introducidas por amigos nuestros. Sin embargo, tal vez se creyere obrábamos mejor, que verdaderamente cumplíamos nuestro deber, con el fin de sustentar la verdad, destruyendo lo que de más cerca nos toca, especialmente por ser filósofos o amantes de la sabiduría; porque, mientras ambas cosas son de estimar, la devoción nos obliga a honrar la verdad sobre todos nuestros amigos.

Los que introdujeron esta doctrina no propusieron ideas de clases entre las cuales reconocieron prioridad y posterioridad (por cuya razón no sustentaron la existencia de una Idea que comprendiese todos los números); pero el término *bien* se emplea tanto en la categoría de la sustancia como en la de la cualidad y en la de relación, y lo que es *per se*, es decir, la sustancia, es anterior en naturaleza a lo relativo (porque el último es semejante a un vástago y accidente del sér); de manera que no podría haber Idea común que rebasase todos estos bienes. Además, puesto que *bien* tiene tantos sentidos como *sér* (por atribuirse tanto en la categoría de la sustancia como a Dios, como a la inteligencia y a la cualidad, es decir, a las virtudes, y a la cantidad, es decir a lo moderado, y a la relación, es decir a lo útil, y al tiempo, es decir a la oportunidad adecuada, y al lugar, es decir al sitio acertado y cosas parecidas), es evidente que no puede ser algo universalmente real en todos los casos y único; porque en este caso no pudiera haberse atribuido a todas las categorías, sino a una sola. Además, puesto que para las cosas que responden a una Idea hay una ciencia, habría una ciencia para todos los bienes; pero hay muchas ciencias aún para las cosas que figuran en una categoría, v. g., la oportunidad, porque la oportu-

tunidad en la guerra la estudia la estrategia y la medicina en cuanto a la enfermedad, y la templanza o moderación en cuanto al alimento la estudia la medicina y en el ejercicio la ciencia de la gimnasia. Podríamos hacer la pregunta de qué es lo que *quieren decir con una cosa en sí*, («autoékaston»), si (como ocurre) en *el hombre en sí* y un hombre particular la definición de hombre es una e idéntica. Por cuanto en lo referente a que son hombres no diferirán en aspecto alguno, y de ser así, tampoco diferirán *el bien en sí* y los bienes particulares, en cuanto a ser bienes. Pero además, no será bien tampoco por ser eterno, puesto que lo duradero no es más blanco que lo que perece en un día. Parece que los Pitagóricos propongan mejor definición del bien, cuando sitúan la unidad en la columna de los bienes; también parece que Speusippo siguió sus pasos en esta materia.

Ya discutiremos estos puntos en otra parte. Sin embargo, pudiere considerarse objeción a cuanto hemos dicho el hecho que los Platónicos no se refirieron a *todos* los bienes, y que los bienes que se procuran y estiman por sí mismos se llaman bienes por referencia a una única Idea, mientras los que tienden a producirlos o conservarlos de algún modo o evitar sus contrarios se denominan de esta manera por referencia a éstos, y en sentido secundario. Es evidente, pues, que se habla de los bienes en dos sentidos, y que algunos deben ser bienes en sí mismos, otros a causa de los últimos. Por eso distinguiremos las cosas buenas en sí de las cosas útiles, considerando si las primeras se llaman bienes por referencia a una única Idea. ¿Qué clase de bienes llamaríamos bienes en sí? ¿Será aquellos que se procuran hasta cuando se hallan aislados de los demás, tales como la inteligencia, la vista y ciertos placeres y honores? Ciertamente es que si vamos en

su busca también debido a otra cosa, entonces los situaríamos entre cosas buenas en sí. ¿Será que no hay nada que sea bien en sí más que la Idea del bien? En este caso, la Forma será cosa vacua. Mas si las cosas que hemos citado son también bienes en sí, la definición del bien parecerá en ellos como algo idéntico en todos, a la manera como la de la blancura es idéntica en la nieve y en el albayalde. Pero en cuanto el honor, la sabiduría y el placer, precisamente en cuanto a su bondad, las definiciones son distintas y diversas. El bien no es, por lo tanto, algún elemento común que responde a una Idea.

Entonces, ¿qué es lo que queremos expresar por el bien? No será ciertamente aquello que por casualidad tiene el mismo nombre. ¿Son los bienes uno por derivarse de un bien o porque todos contribuyen a un bien?, o ¿serán antes uno por analogía? Ciertamente, a la manera como la vista lo es para el cuerpo, así es la inteligencia para el alma, ocurriendo lo mismo en otros casos. Pero quizás fuere más acertado dejar este asunto por ahora; porque la exactitud en cuanto a ellos sería más propia de otra de las ramas de la filosofía. Y lo mismo decimos de la Idea; aun en el caso en que haya algún bien que sea universalmente atribuible a los bienes o capaz de existencia separada e independiente, salta a la vista que no podría ser alcanzado o logrado por el hombre; pero lo que estamos averiguando es algo asequible. Sin embargo, quizás alguien creyere preferible reconociésemos esto con miras a los bienes que nos es posible alcanzar y lograr; porque considerándolos como algo que pudiese servirnos de modelo, podríamos conocer mejor los bienes que son bienes para nosotros, y, de conocerlos, los conseguiríamos. Este razonamiento no deja de ser plausible; mas parece que se oponga a la manera de proce-

der de las ciencias; porque todas ellas, aunque tienden hacia algún bien buscando la manera de suplir la deficiencia, dejan a un lado el conocimiento del bien. Sin embargo, no es probable que todos los que se dedican a las artes lo ignorasen y dejasen de procurarse tan gran concurso. También es difícil comprender cómo un tejedor o un carpintero recibirían beneficio respecto de su propio oficio debido al conocimiento de este *bien en sí*, o la manera como el hombre que haya descubierto la Idea en sí fuera mejor médico o mejor general debido a ello. Porque parece que el médico ni aun estudia la salud en este aspecto, sino la salud del hombre, o tal vez la salud de un hombre particular; porque a los individuos es a quienes cura. Pero ya hemos dicho lo suficiente sobre estos tópicos.

CAPITULO VII

Permítasenos volver al bien en cuya busca vamos, preguntando qué es lo que puede ser. Parece diferente en los diferentes hechos y artes; es diferente en medicina, en estrategia, y lo mismo en cuanto a las demás artes. ¿Qué será, pues, el bien de cada una de ellas? Ciertamente será aquello por cuya razón se hace todo. En medicina la salud, en estrategia la victoria, en arquitectura la casa, en otras esferas otra cosa, y en todo acto y propósito el fin; porque todos los hombres hacen lo que hacen a causa de eso. Por lo tanto, si hay un fin para todo cuanto efectuamos, éste será el bien que podemos conseguir por medio del hecho, y, de haber más de uso, éstos serán los bienes asequibles mediante el hecho.

De este modo, el argumento ha llegado al mismo punto por camino distinto; pero debemos procurar explicarlo con mayor claridad todavía. Puesto que es

130 —
evidente hay más de un fin, y hemos de optar entre ellos (v. g., riqueza, pifanos, y en general los instrumentos) a causa de alguna otra cosa, es evidente que no todos los fines son fines simplemente y absolutos, mientras que el bien principal es ciertamente algo final. Por lo tanto, si hay sólo un último fin, éste será aquel en cuya busca vamos, y de haber más de uno, el último fin entre ellos será aquel a que tendemos. Ahora bien, acostumbramos a llamar al que en sí es digno de que tendamos a él más fin que aquel que es digno de lograr a causa de otra cosa, y el que nunca es de desear a causa de otra cosa más fin que las cosas de desear tanto por sí mismas como a causa de aquella otra cosa, y por eso llamamos final sin restricción a lo que es siempre deseable en sí y nunca a causa de otra cosa.

Ahora bien, la felicidad es, sobre todo lo demás, aquello que se considera serlo; porque es a lo que siempre tendemos por sí mismo y nunca motivados por otra cosa; pero el honor, el placer, la inteligencia y todas las virtudes se estiman por sí mismas (porque aunque nada resultase de ellas no dejaríamos de tender a su consecución); mas también nos las procuramos motivados por la felicidad, juzgando que mediante ellas seremos felices. De otra parte, nadie tiende a la felicidad a causa de ellas, ni, en general, a causa de nada sino por ella misma.

Desde el punto de vista de la autosuficiencia («autárkeían») parece se desprenda el mismo resultado; porque el bien final se considera como autosuficiente. Ahora bien, por autosuficiencia no queremos decir aquello que es suficiente para un hombre por sí mismo, para el que vive solitario, sino también para los padres, hijos, esposa y, en general, para sus amigos y conciudadanos, puesto que el hombre ha nacido para vivir en.

sociedad. Pero algún límite hemos de señalarle; porque si extendemos nuestra necesidad a los antepasados y descendientes y amigos de nuestros amigos, la serie llegaría hasta el infinito. No obstante, esta cuestión la trataremos en otra ocasión; la autosuficiencia («autarkes») a que nos referimos ahora, es la que definimos diciendo: que cuando nos aislamos hace sea apetecible la vida, y que no nos hallemos faltos de nada; en eso creemos consiste la felicidad; y, además, consideramos es la más apetecible de todas las cosas, sin que se la cuente como un bien entre todos los otros, porque de considerarlo de este modo sería ciertamente más apetecible hasta con la adición del menor de los bienes, porque lo que se adiciona se convierte en exceso de bienes, y entre ellos el mayor es siempre el más apetecible. Por lo tanto, la felicidad es algo final y autosuficiente, que se basta a sí misma, siendo el fin del acto.

Es de presumir, sin embargo, que decir que la felicidad es el bien principal, parece perogrullada, siendo de desear aún definamos lo que es con mayor claridad. Esto tal vez fuere más factible de podernos asegurar primeramente sobre la función del hombre. Porque del mismo modo que el tañedor de flauta, el escultor, o cualquier artista, y en general, todas las cosas que tienen función o actividad, el bien y lo *bien* se considera residen en la función, y otro tanto parece debiere ocurrir con el hombre, si es que tiene función. ¿Tiene el carpintero y el curtidor ciertas funciones o actividades que desempeñan, no teniendo ninguna el hombre? ¿Habrá nacido sin función alguna que desempeñar? ¿O será porque el ojo, la mano, el pie, y en general porque cada una de las partes tiene evidentemente función, por lo que podremos afirmar que también el hombre parecidamente tiene función aparte de todas ellas?

¿Cuál puede ser su función? Parece que la vida sea común a las plantas, y lo que estamos buscando es lo peculiar al hombre. Por eso vamos a excluir la vida de la nutrición y el crecimiento. Luego tenemos la vida de la percepción o sensación, pero también parece sea común al caballo, el buey y todos los demás animales. Queda, pues, una vida activa del elemento que contiene principio racional; en él una de las partes posee tal principio en sentido de ser obediente a uno, la otra en el sentido de poseer uno y ejercer el pensamiento. Y, como *la vida del elemento racional* tiene dos sentidos también, debemos asentar que nos referimos a la vida en el sentido de actividad; porque este parece ser el sentido más apropiado del vocablo. Ahora bien, si la función del hombre es una actividad del alma que sigue o encierra principio racional, y si decimos *un tal cosa* y *un buen tal cosa* tienen función que es idéntica en género, v. g., el pulsador de lira y un buen pulsador de lira, y así sin restricción alguna en todos los casos, añadiendo la eminencia respecto de la bondad al nombre de la función, (porque la función de un pulsador de lira es pulsar la lira, y la de un buen pulsador de lira es pulsarla bien): si así es (y asentamos como función del hombre cierto género de vida, siendo actividad o hechos del alma que encierran principio racional, y que la otra función de un hombre de bien, consiste en ejercitar bien y noblemente dichas actividades y actos, y si toda acción se ejerce bien, cuando se ejerce de conformidad con la adecuada excelencia, si así sucede), resulta que el bien humano es la actividad del alma de conformidad con la virtud, y de haber más de una virtud, de conformidad con la mejor y la más perfecta. Pero hay que añadir en una vida perfecta, porque una sola golondrina no hace verano, como tampoco un solo día, y del mismo modo un

día, o un corto periodo de tiempo, no hace a un hombre dichoso y feliz.

Supongamos que lo dicho es un esbozo del bien; porque es de presumir hay que diseñarlo primeramente a grandes trazos, ocupándonos luego de los detalles. Pero pudiere parecer que todo el mundo es capaz de continuar y articular lo que ha sido bien planeado de una vez, y que el tiempo es buen explorador o asociado en tal trabajo, a cuyos hechos debemos los adelantados del arte; porque todo el mundo puede añadir lo que falte. También hemos de retener en la memoria lo que hemos dicho anteriormente, no buscando la exactitud en todas las cosas igualmente, sino que en cada una de ellas se procurará la que esté conforme con el asunto y materia y que sea apropiada a la investigación que se lleve a cabo. Porque tanto el carpintero como el geómetra investigan el ángulo recto desde varios puntos de vista; el primero lo efectúa en cuanto a que el ángulo recto le es útil para su trabajo, mientras el segundo inquiere lo que es o qué género de cosa es; porque es espectador de la verdad. Del mismo modo debemos obrar nosotros en todos los asuntos, para que nuestra principal tarea no quede subordinada a los pequeños detalles. Tampoco exigiremos la causa en todos los asuntos de igual manera; en algunos casos basta que el hecho quede bien establecido, como ocurre en lo concerniente a los primeros principios; el hecho es lo primario o primer principio. Ahora bien, en lo tocante a los primeros principios, descubrimos algunos mediante inducción, otros por percepción, otros por cierto hábito, y otros de otros modos distintos. Pero hay que procurar investigar cada una de las series de principios naturalmente, esforzándonos por establecerlos definitivamente, puesto que ejercen gran influencia sobre lo que de ellos se desprende; porque se cree

que el principio equivale a más de la mitad del todo, y muchas de las cuestiones que se plantean se evidencian con él.

CAPITULO VIII

Sin embargo, hemos de considerarlo a la luz no sólo de nuestras conclusiones y propias premisas, sino también con relación a lo que corrientemente se dice sobre esta cuestión; porque todos los datos están de conformidad con la opinión verdadera, pero con la falsa entran en oposición rápidamente. Se ha dividido los bienes en tres clases, definiéndose algunos de ellos como externos, otros como relativos al alma o al cuerpo; llamamos a los que se relacionan con el alma, bienes con mayor propiedad y acierto, y a los hechos psíquicos y actividades las clasificamos como relacionadas con el alma. Por lo tanto, nuestra definición debe ser sólida, al menos conforme a este punto de mira u opinión, que es ya antigua y sobre el que han mostrado su acuerdo los filósofos. También es justa en cuanto identificamos el fin con ciertos hechos y actividades; porque así figura entre los bienes del alma y no entre los externos. Otra creencia que armoniza con nuestra definición es la que considera que el hombre feliz vive bien y hace el bien; porque hemos definido prácticamente la felicidad como una especie de vida del bien y bondad en nuestros actos. Las características que buscamos en la felicidad parece pertenecen todas ellas a lo que hemos definido como felicidad. Porque algunos identifican la felicidad con la virtud, otros con la prudencia, otros con una especie de sabiduría, otros con todas ellas, o una de ellas, acompañada del placer, o no sin placer, mientras otros hacen figurar también la prosperidad externa. Ahora bien, algunas

de estas opiniones han sido sustentadas por muchos hombres de la antigüedad, otras por unas cuantas personas eminentes, no siendo probable que ambos grupos estén completamente equivocados, sino que antes bien tengan razón, al menos en algún aspecto, o aun en la mayor parte de ellos.

Nuestra definición está de conformidad con aquéllos que identifican la felicidad con la virtud o alguna virtud, porque la actividad virtuosa pertenece a la virtud. Pero quizás no establezca pequeña diferencia situemos el bien principal en la posesión o el uso, en el estado de ánimo o en la actividad. Porque el estado de ánimo puede existir sin que produzca ningún buen resultado, como en el hombre que está dormido o algún otro modo de completa inactividad, pero la actividad no lo puede; porque el poseedor de la actividad obrará necesariamente, y obrará bien. Y, de la misma manera que él, los juegos olímpicos no es el más bello y el más fuerte el que recibe la corona, sino los que compiten (porque de entre ellos sale el que alcanza la victoria), del mismo modo, los que obran alcanzan, y logran justamente, las cosas nobles y buenas en la vida.

Su vida es también agradable en sí, porque el agrado es un estado del alma, y para todos los hombres es agradable aquello que se dice es objeto de su agrado; v. g., no sólo es el caballo agradable para el aficionado a los caballos («*philippos*»), del mismo modo que el espectáculo al que gusta de la contemplación («*philodikaïos*»), y en general, los virtuosos para el amante de la virtud («*philarëton*»). Ahora bien, para la mayoría de los hombres sus deleites se hallan en conflicto unos con otros por no ser agradables por naturaleza; mas los amantes de lo noble hallan agradables las cosas que por naturaleza lo son; y las acciones vir-

tuosas lo son, de modo que ellas son agradables para tales hombres lo mismo que en su propia naturaleza. Su vida, por lo tanto, no siente ulterior necesidad de placer como una especie de encanto adventicio, sino que contiene su deleite en sí. Porque, además de lo que hemos expuesto, el hombre que no siente regocijo, por las nobles acciones no llega a ser hombre de bien; puesto que nadie llamaría justo al que no se deleitase al obrar justamente, como tampoco denominaría liberal al que no se complaciese en cuanto a los actos de liberalidad; y de igual manera en todos los demás casos. Si es como acabamos de manifestar, los hechos virtuosos deben ser agradables en sí mismos. Pero son también *buenos y nobles*, poseyendo ambos atributos en la mayor intensidad, puesto que el hombre de bien juzga bien sobre estos atributos; su juicio es tal cual hemos definido. La felicidad, pues, es lo mejor, lo más noble y más agradable que existe en el mundo, y estos atributos no son independientes, como se decía en la inscripción de Delos:

«Lo más noble es lo que es más justo, y lo mejor es [la salud;

Mas lo placentero es alcanzar lo que apetecemos.»

Porque todas estas propiedades pertenecen a las mejores actividades; y éstas, o una de éstas (la mejor), es lo que identificamos con la felicidad.

No obstante, es evidente, como hemos indicado, que necesitamos los bienes externos también; porque es imposible, o difícil, obrar noblemente sin la debida preparación. En muchos actos echamos mano de los amigos, riquezas y poder político como instrumentos, habiendo algunas cosas cuya carencia empaña la felicidad, como los buenos pañales, la buena descendencia, la pulcritud; porque el hombre que es muy feo en apariencia o mal nacido o solitario y sin hijos no

es muy probable sea feliz, y quizás un hombre lo sería aún menos probablemente de tener mala descendencia o malos amigos, o de haber perdido buenos hijos o amigos a quienes le hubiere arrebatado la muerte. Por lo tanto, como hemos indicado, la felicidad parece necesitar este género de prosperidad como adición, por cuya razón algunos identifican la felicidad con la buena suerte, aunque otros la identifiquen con la virtud.

CAPITULO IX

También se pregunta debido a esta razón si la felicidad puede adquirirse por la ciencia o por costumbre o algún otro ejercicio, o nos llega mediante alguna divina providencia o a causa del azar. Ahora bien, si hay algún don que los dioses conceden al hombre, es razonable que la felicidad sea don divino, y con mayor seguridad dádiva divina entre todas las cosas humanas, tanto más cuando es el mejor. Pero quizás esta cuestión encaje mejor en otro estudio que en éste; sin embargo, parece que la felicidad, aun en el caso en que no sea enviada por los dioses, sino que nos llegue como resultado de la virtud y algún proceso y aprendizaje o ejercicio, figura entre las cosas más divinas; porque lo que constituye el premio y el fin de la virtud parece ser lo mejor del mundo, y algo divino y beatífico.

De acuerdo con esta opinión, será también compartida por muchos; porque todos aquellos que no estuvieren mutilados en cuanto a la potencialidad para la virtud, pueden alcanzarla mediante cierta especie de estudio y cuidados. Pero si es preferible ser feliz de esta manera que debido al azar, razonable será que los hechos fueren como se dice, puesto que todo cuanto

depende de la acción de la naturaleza es naturalmente tan bueno como puede ser, y del mismo modo todo cuanto depende del arte o cualquier causa racional, y especialmente si depende de la mejor de todas las causas. Muy deficiente justificación sería confiar al azar lo más grande y noble que existe.

La respuesta a la pregunta que estamos haciendo es sencilla también, deduciéndola de la definición de la felicidad; porque se ha indicado era actividad virtuosa del alma, de cierto género. Entre los bienes restantes, algunos deben preexistir necesariamente como condiciones de la felicidad, siendo otros naturalmente cooperadores de la felicidad y útiles como instrumentos. Y esto se observará está de conformidad con lo que dijimos al comienzo; porque asentamos que el fin de la ciencia política era el mejor, y la ciencia política emplea sus mayores esfuerzos en procurar que los ciudadanos posean cierto carácter, es decir, sean buenos y estén capacitados para los actos nobles.

Es por lo tanto natural no llamemos felices al buey ni al caballo, ni a ninguno de los otros animales, porque ninguno de ellos es capaz de participar en tal actividad. También debido a esta razón no es feliz el niño, porque no es todavía capaz de tales actos, motivo de su edad; y los niños a quienes se atribuye la felicidad reciben nuestras felicitaciones a causa de las esperanzas que respecto de ellos se conciben. Porque, como hemos afirmado, se requiere no sólo la perfección en cuanto a la virtud, sino también la vida perfecta, puesto que en ella ocurren muchas alternativas, y toda clase de azares, y los más prósperos pueden caer en los mayores infortunios cuando llegan a la vejez, como se dice de Priamo en el Ciclo Troyano; y el que ha experimentado tales azares y ha acabado sus días de mala manera no es aquel a quien se llama feliz.

CAPITULO X

¿No hay nadie, absolutamente nadie, a quien en vida podamos llamar feliz? ¿Precisa esperar el fin, según afirma Solón? Aun en el caso en que debamos asentar esta doctrina, ¿será el hombre feliz una vez muerto? ¿No es absurdo del todo, especialmente para nosotros, que afirmamos que la felicidad es una actividad? Pero, si no llamamos feliz al hombre muerto, y si Solón no quiere decir tal cosa, sino que entonces es cuando podemos considerar ciertamente feliz a un hombre al hallarse finalmente a cubierto de los males y las desventuras, también esto proporciona materia para entablar nueva discusión; porque tanto el mal como el bien se cree existen con relación al muerto, tanto como relativamente al vivo, pero que no lo sabe; v. g., los honores y afrentas y la prosperidad o adversidad de los hijos, y, en general, de los descendientes. También esto plantea un problema; porque aunque un hombre haya vivido felizmente hasta llegar a la vejez y haya fallecido de manera digna de como vivió, muchos son los reveses que pudieren atacar a los suyos (algunos de sus descendientes pudieren ser buenos y alcanzar la vida que merecieren, mientras otros fueren víctimas precisamente de lo opuesto) y claramente los grados de relación entre ellos y sus antepasados pueden variar infinitamente. Por lo tanto, fantástico sería que los muertos tuvieran que participar de estos cambios, siendo en un caso felices y en el otro desventurados; mientras también sería fantástico que la suerte de su descendencia no ejerciese durante algún tiempo *algún* efecto sobre la felicidad de sus antecesores.

Pero hay que volver a nuestra primera dificultad;

porque quizá mediante su consideración pudiéramos resolver este problema. Ahora bien, si hemos de esperar el fin y llamar sólo entonces feliz a un hombre, no por ser feliz sino por haberlo sido antes, incurrimos en verdadera paradoja, pues cuando es feliz el atributo que le pertenece no es el que ciertamente se le atribuye, porque no queremos llamar a los vivientes felices, a causa de las alternativas que pudieren experimentar, y por haber aceptado que la felicidad es algo permanente y que no varía fácilmente en manera alguna, mientras un hombre puede sufrir muchos reveses de fortuna, siendo evidente que si fuese posible seguir de cerca su suerte, con frecuencia llamaríamos feliz y desventurado al mismo hombre, resultando ser un *camaleón y sin base segura*. Ahora bien, ¿nos equivocamos al querer seguir los pasos de su suerte? El éxito o el fracaso en la vida no depende de eso, sino que la vida humana, como hemos indicado, lo requiere como meros aditamentos, mientras que las actividades virtuosas o sus opuestos son lo que hace la felicidad o lo opuesto.

La cuestión que acabamos de discutir confirma nuestra definición. Porque no hay función del hombre que posea tal permanencia como las actividades virtuosas (las cuales se considera más duraderas que el conocimiento de las ciencias), y entre éstas mismas las de más valor son las más duraderas, porque los que son felices pasan su vida entregados a ellas con el mayor gusto y más continuamente, pues esto parece ser la razón debido a la cual no les olvidamos. El atributo de que se trata pertenecerá al hombre feliz, y será feliz mediante su vida; porque siempre, o con preferencia a todo lo demás, se entregará a los actos de la virtud y contemplación, y sobrellevará las alternativas de la vida con la mayor nobleza y de manera perfecta-

mente decorosa, si es *verdaderamente bueno y fuerte contra todo reproche*.

Ahora bien, muchos acontecimientos se deben al azar, ocurrencias que difieren en importancia; claro que las bonanzas de ventura o desventura no pesan en la balanza de la vida ni establecen diferencia, ya estén en un platillo o en el otro; pero la profusión de grandes acontecimientos, si acaban bien, harán más feliz la vida (porque no sólo la embellecerán aportándole luces, sino quē la manera como el hombre los reciba puede ser noble y buena), mientras que si tienen mal fin menoscaban y merman la felicidad; porque producen dolor y ponen obstáculos a muchas actividades. No obstante, hasta en ellos brilla la nobleza, cuando un hombre sufre resignadamente muchos grandes infortunios, no debido a insensibilidad para el dolor, sino a causa de la nobleza y grandeza de alma.

Si las actividades son, como decimos, lo que da a la vida su carácter, ningún hombre feliz puede caer en la desgracia, porque nunca llevará a cabo actos odiosos y viles. Porque el hombre que es verdaderamente bueno y sabio creemos sobrelleva todos los azares de la vida decorosamente, considerando siempre lo mejor de las circunstancias, de la misma manera que el buen general hace el mejor uso de los ejércitos que tiene a su mando y el buen zapatero fabrica los mejores zapatos empleando los cueros que se le proporcionan; y otro tanto ocurre en todos los demás oficios o profesiones. Y, si así es, el hombre feliz nunca será desgraciado, aunque no alcance la dicha, si encuentra a su paso aventuras como las de Priamo.

Además, tampoco es versicolor y variable, porque ni será fácilmente desplazado de su estado feliz ni por cualquier revés vulgar, sino solamente debido a muchos de importancia, ni, de ocurrirle muchas grandes

desgracias, recobrará su felicidad en breve tiempo, sino que, de recuperarla, lo conseguirá únicamente después de un largo período durante el cual habrá alcanzado muchos éxitos esplendorosos.

¿Por qué no afirmar, pues, que el feliz es aquel que es activo conforme a la virtud perfecta y está lo suficientemente dotado de bienes externos, no durante algún período casual, sino durante toda su vida? ¿O habrá que añadir y *que esté destinado a vivir de este modo y morir tal como cuadra a su vida*? Ciertamente es que el porvenir es oscuro para nosotros, mientras la felicidad afirmamos es un fin y algo final en todos sentidos. Si es así, tendremos que llamar felices entre los hombres que viven a aquellos en los cuales se cumplan estas condiciones, y tengan que cumplirse, felices en cuanto a hombres. Ya hemos dicho bastante sobre este asunto.

CAPITULO XI

La doctrina que afirma que la ventura de la descendencia y todas las amistades del hombre no deben afectar su felicidad en absoluto, parece poco amable y opuesta a las opiniones sustentadas; mas, puesto que los acontecimientos son numerosos y admiten toda clase de diferencia, y algunos de ellos nos tocan más de cerca mientras otros no tanto, parécenos tarea larguísima (tal vez infinita) la discusión de cada uno de ellos detalladamente; por eso quizás baste su esbozo en general. Si, por lo tanto, como algunas de las adversidades de un hombre tienen cierto peso e influyen su vida mientras otras son, como si dijésemos, más leves, también habrá diferencias entre las desventuras de nuestros amigos considerados como conjunto, estableciendo diferencia ya en el caso en que los

varios infortunios afecten a los vivos o a los muertos (mucho más aún que los hechos ilegales e insensatos supuestos en una tragedia o llevados al escenario), y esta diferencia debe también tenerse en cuenta; o antes bien, quizás, el hecho de abrigar dudas en cuanto a si los muertos participan en algún bien o algún mal. Porque parece, debido a estas consideraciones, que aun en el caso en que cualquier cosa, ya buena o mala, les ocurra, debe ser algo débil y despreciable, ya en sí mismo o para ellos, y, de no ser así, al menos debe ser tal en intensidad y género y no hacer la felicidad de aquellos que no son dichosos ni arrebatarse la felicidad de aquellos que lo sean. La ventura o desventura de los amigos parece produzca algún efecto sobre los muertos; pero los efectos de esta índole e intensidad, ni llegan a trocar la felicidad en infortunio ni a producir ninguna otra variación de esta especie.

CAPITULO XII

Ya hemos satisfecho todas las preguntas que pudieren hacérsenos sobre esta materia; ahora vamos a considerar si la felicidad figura entre las cosas elogiabiles o más bien entre aquellas que son dignas de honor; porque es evidente no podemos situarla entre las potencialidades. Todo lo digno de elogio parece serlo a causa de ser de cierto género y estar relacionado de alguna manera con algo más; porque alabamos al justo y al valeroso y en general tanto al hombre de bien como a la virtud en sí debido a los actos y funciones que encierran, y elogiamos al fuerte, al buen corredor y a otros debido a que es de cierto género y está relacionado de cierta manera con algo bueno e importante. Esto lo evidencia también las alabanzas que dirigimos a los dioses; porque parece absurdo los midié-

hemos refiriéndonos a nuestro tipo, mas se hace así porque el elogio encierra referencia o relación a algo, como dijimos. Pero si el elogio se aplica a cosas tales como las que hemos mencionado, es evidente que lo que se aplica a las cosas excelentes no será la alabanza, sino algo superior y mejor, como es natural que así suceda; porque lo que hacemos con los dioses y los más divinos de los hombres es llamarlos bienaventurados y felices. Y lo mismo hacemos en cuanto a las cosas buenas; nadie elogia la felicidad como elogia a la justicia, sino que antes bien, la llama bienaventuranza, como algo más divino y mejor.

Eudocio parece estaba en lo cierto en cuanto a su método de abogar por la supremacía del placer; creía que el hecho de no alabarlos aun siendo bien, indicaba era mejor que las cosas que se ensalzan, y que esto es lo que son Dios y el bien; porque por referencia a ellos juzgamos todo lo demás. El elogio es apropiado a la virtud, porque como resultado de la virtud tienden los hombres a los hechos nobles: pero el encomio se aplica a los actos, ya corporales, ya anímicos. Quizás la exactitud en estos asuntos sea más propia de los que se ocupan de los encomios; para nosotros es evidente, después de lo que se ha dicho, que la felicidad figura entre las cosas honorables y perfectas. Parece que así sea por el hecho de ser primer principio; porque por su causa hacemos cuanto hacemos, y el primer principio y causa de los bienes es algo honorable y divino, cosa que afirmamos.

CAPITULO XIII

Puesto que la felicidad es actividad del alma de conformidad con la virtud perfecta, debemos considerar la naturaleza de la virtud; porque de este modo tal

vez comprendamos mejor la naturaleza de la felicidad. Se cree que el verdadero investigador en política ha estudiado la virtud sobre todas las cosas, porque desea conseguir que sus ciudadanos sean buenos y obedientes a las leyes. Como ejemplo de lo que decimos citaremos a los legisladores de los Cretenses y Lacedemonios y todos aquellos de la misma índole que pudiese haber. Y si esta averiguación corresponde a la ciencia política, claro es que su prosecución está de conformidad con nuestro plan original. Pero es evidente que la virtud que debemos estudiar es la humana; porque el bien que estábamos buscando era el humano y la felicidad, la felicidad humana. Por virtud humana queremos decir, no la corporal, sino la anímica; y en cuanto a la felicidad la llamamos también actividad del alma. Pero, de ser como decimos, es evidente que el investigador en política debe conocer de algún modo o medida los hechos sobre el alma, de la misma manera que el que tiene que curar los ojos o el cuerpo, como un todo, debe conocer sobre los ojos o el cuerpo; y mucho más cuanto la política es más honorable que la medicina; pero aun entre los médicos el mejor instruido entre ellos dedica gran parte de sus trabajos a la adquisición de conocimiento del cuerpo. El investigador en política tiene que considerar el alma, debiéndola estudiar con vistas a estos fines, y hacerlo precisamente hasta el punto de suficiencia en lo referente a las cuestiones que estamos estudiando; porque la mayor exactitud es tal vez algo más penoso de lo que nuestro propósito requiere.

Algo se ha dicho sobre ello, y con bastante propiedad, aun en el estudio efectuado fuera de nuestra escuela; por eso tendremos que tenerlo en cuenta; v. g., que un elemento del alma es irracional y otro tiene principio racional. Ya estén separados o sean indepen-

dientes como las partes del cuerpo o algo divisible lo están, o sean distintos por definición pero inseparables por naturaleza, como convexo y cóncavo en la circunferencia de un círculo, es cosa que no afecta lo que estamos tratando.

Parece que una de las divisiones del elemento irracional esté ampliamente distribuída, siendo vegetativa en su naturaleza, y me refiero a lo que causa la nutrición y el crecimiento o desarrollo; porque esta especie de potencia del alma, es la que debemos asignar a todos los niños de pecho y a los embriones, lo mismo que a los adultos: esto es más razonable que asignarles alguna potencia diferente. Ahora bien, la excelencia en esto parece ser común a todas las especies y no humana específicamente; porque esta parte o facultad parece funcionar más durante el sueño, mientras que la bondad y la maldad, se manifiestan menos cuando se duerme, (de aquí el proverbio: *que los felices no son mejores que los desgraciados durante la mitad de su vida*); esto acontece con bastante naturalidad, puesto que el sueño es inactividad del alma en el aspecto en que se llama bien o mal), a menos que tal vez, hasta cierto punto insignificante, algunos de los movimientos penetren realmente en el alma, y en este respecto los sueños de los buenos, son mejores que los del vulgo. Basta ya sobre este punto; dejemos la facultad de la nutrición, puesto que por su naturaleza no tiene participación en la excelencia humana.

Parece también hay otro elemento irracional del alma (uno que en un sentido, sin embargo, comparte un principio racional). Porque elogiamos el principio racional del hombre continente y el del incontinente, y la parte de su alma que contiene tal principio, puesto que la acucia rectamente hacia los mejores fines; pero hallamos también en ellos, otro elemento opuesto na-

turalmente al principio racional, que lucha en contra y resiste a ese principio. Porque de la misma manera que los miembros paralizados cuando intentamos torcerlos hacia la derecha giran hacia la izquierda, se comporta el alma; los impulsos de los destemplados se mueven en direcciones contrarias. Pero mientras en el cuerpo observamos lo que se mueve contrariamente, en el alma no nos es posible observarlo. Sin embargo, no hay duda que no por eso debemos dejar de suponer que en el alma hay algo contrario al principio racional, que se le resiste y se le opone. No es cosa nuestra decir en qué sentido es distinto a los otros elementos. No obstante, parece tener participación en el principio racional, como hemos indicado; de todos modos en el hombre continente obedece al principio racional, y es de presumir que en el hombre templado y en el valeroso sea mucho más obediente aún; porque en él se expresa con la misma voz que el principio racional en todos los asuntos.

Por lo tanto, el elemento irracional parece también ser doble. Porque el elemento vegetativo no comparte en manera alguna un principio racional, sino el apetitivo, y en general, el elemento apetitivo en un sentido participa de él, en cuanto que le presta atención y le obedece; este es el sentido en que hablamos de *tomar en consideración* al padre o a los amigos de un hombre, no en aquél en que hablamos de *tomar en consideración* a la manera de los matemáticos. Que el elemento irracional es persuadido en cierto sentido por un principio racional, nos lo indica también el hecho de dar consejos y toda reproche y exhortación. Y si también hay que decir que este elemento tiene un principio racional, el que tiene principio racional (así como el que no lo tiene) será doble, una de las subdivisiones lo poseerá en el sentido estricto y en sí, y la

otra tendrá tendencia a obedecer de la misma manera que se tiene a obedecer a un padre.

También la virtud se distingue en géneros de conformidad con esta diferencia; porque decimos que algunas de las virtudes son intelectuales y otras morales, la sabiduría, el entendimiento y la prudencia son intelectuales, mientras que la liberalidad y la templanza son morales. Pues cuando nos referimos al carácter de un hombre no decimos que es sabio o que tiene entendimiento, sino que es amable o templado; no obstante, alabamos también al sabio debido a su estado de ánimo, y entre los estados de ánimo llamamos virtudes a los que merecen elogio.